

CRISTO Y LA GLOBALIZACIÓN CONTEMPORÁNEA

Expresaremos algunas reflexiones sobre Cristo
y la globalización contemporánea.

Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es verdadero Dios y verdadero hombre.
Y realiza su ministerio de salvación en cuanto Sacerdote, Maestro y Rey.

La realeza de Cristo

Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo es Rey del universo, por ser el creador y providente del universo, y en cuanto opera en todo operante. Cristo es Rey del universo. Esto se entiende según su condición divina, por ser Hijo de Dios. Y según su condición humana, por los misterios de la unión hipostática y de la redención de los hombres. La Sagrada Escritura enseña: “Jesús les dijo: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros hasta la consumación del mundo” (1). El reino de Cristo es universalísimo. Sobre toda creatura. En la Iglesia y en el mundo. En el cielo, en la tierra y en los infiernos.

El hombre es el animal racional. La persona humana es la substancia individual de naturaleza racional. El hombre es individual y social. Y realiza su condición social en diversos ámbitos: familia, escuela, trabajo, orden económico, vida militar, Estado, etc.

El Estado es la sociedad perfecta del orden natural y se ordena al bien común como a su fin. Este bien común del Estado es un bien humano y se ordena a Dios, fin último del hombre y de todas las cosas. Sobre este bien común del Estado dice el Papa Pío XII: “El bien común de la sociedad política es la convivencia social en la paz, la tranquila convivencia en el orden; convivencia en el orden y convivencia en la tranquilidad. En el orden jurídico y en la tranquilidad operativa para realizarlo. El bien común implica la reunión de todas aquellas condiciones exteriores necesarias al conjunto de los ciudadanos para el desarrollo de sus cualidades y de sus oficios y deberes, es decir, de su vida material, intelectual y religiosa” (2).

Cristo influye en la condición política del hombre. Cristo da sus leyes a los hombres. Por ellas, el hombre tiene directivas para marchar hacia la vida eterna en Dios. Dios, objeto de la vida eterna, no es solamente un bien individual, sino también el bien común trascendente, infinito y sobrenatural. La ley cristiana es perfecta e infusa por Dios en los corazones. Es ley de gracia.

Para cumplir su vida cristiana el hombre recibe la gracia santificante en la esencia del alma, y las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo en las potencias del alma. Las virtudes infusas son las teologales: fe, esperanza y caridad. Y las morales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Los dones del Espíritu Santo son: intelecto, ciencia, sabiduría, consejo, piedad, fortaleza y temor de Dios. La vida de la gracia supone a la naturaleza humana, la perfecciona y exige, diversamente, a las virtudes naturales del hombre: intelectuales: intelecto, ciencia, sabiduría, prudencia y arte. Y morales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

El orden sobrenatural es superior al orden natural y tiene un cierto imperio sobre el mismo. Las virtudes y dones sobrenaturales tienen un imperio sobre las potencias del alma y las virtudes naturales. En este mundo, la reina de las virtudes es la caridad. Ella establece en el alma el orden del amor.

En el orden social se da la distinción entre Iglesia y Estado. El Estado es del orden natural; la Iglesia del orden sobrenatural. La Iglesia es una sociedad instituida por Cristo para la salvación de los hombres. Es una, santa, católica, apostólica y romana.

El reino de Cristo es más que nada espiritual y se extiende, ante todo, a la Iglesia. Cristo establece una jerarquía en la Iglesia que tiene una condición sacerdotal. Y el reino de Cristo tiene también una condición temporal.

En el tiempo, y con la difusión del Evangelio, se dio el Estado cristiano, la cristiandad. En el Estado cristiano se acepta en plenitud, la vigencia de Cristo Rey, de la Iglesia de Cristo y del mismo Estado. La Iglesia procura el bien espiritual de los hombres, en el camino a la vida eterna. El Estado procura el bien temporal de los mismos hombres. En tanto lo inferior se subordina a lo superior y lo natural a lo sobrenatural, el Estado se subordina a la Iglesia. Pero el Estado conserva su esencia y autonomía en su orden. De manera que tiene su propio fin y sus propios principios, medios y autoridades que corresponden a los laicos.

La unidad de Iglesia y Estado se concibe en beneficio de las dos instituciones y de todos los hombres, en un orden natural y sobrenatural. Corresponde a la unidad e identidad del hombre cristiano. Deja un espacio para la convivencia con los no cristianos. Es como una cierta anticipación de la ciudad del cielo. Iluminan las palabras de S. Agustín: “No es feliz la ciudad por otra razón distinta de aquella por la cual es feliz el hombre, porque la nación no es otra cosa que una multitud concorde de hombres. “ (3) Sobre este Estado dice el Papa León XIII: “Hubo un tiempo en que la

Filosofía del Evangelio gobernaba a los Estados; entonces aquella energía propia de la sabiduría de Cristo y su divina virtud, habían compenetrado las leyes, las instituciones y las costumbres de los pueblos, impregnando todas las capas sociales y todas las manifestaciones de la vida de las naciones, tiempo en que la Religión fundada por Jesucristo, firmemente colocada en el sitio de dignidad que le correspondía, florecía en todas partes, gracias al favor de los príncipes y la legítima protección de los magistrados; tiempo en que al sacerdocio y al poder civil unían auspiciosamente la concordia y la amigable correspondencia de mutuos deberes”. (4) De hecho, la cristiandad, en un sentido pleno, se ha dado poco tiempo y en pocos lugares, de este mundo. En la tierra, los hombres a veces se acercan a Cristo; y otras veces, se alejan.

La globalización contemporánea

En el orden temporal, asistimos en esta época, a un intento de globalización, que avanza en su realización. Ella se da en un orden prepolítico y político. En un orden prepolítico, en los largos caminos, en los medios de comunicación social, en las grandes empresas, etc. En un orden político, destacamos especialmente, en un marco de pluralismo, a las Naciones Unidas, a los Derechos Humanos, a la proclamación de la democracia y de la libertad como valores predominantes, al predominio jurídico político de los llamados cuatro Grandes: E. Unidos, Inglaterra, Rusia y China. Hay un creciente peso político de las grandes empresas económicas multinacionales, de distintas formas de logias y de mafias, de asociaciones no gubernamentales que actúan en forma paralela a los Estados nacionales. Se da el crecimiento del movimiento de la Nueva Era. Se pone en cuestión el valor de las soberanías nacionales. Se observa la alianza, al menos fáctica, entre E. Unidos, Inglaterra y sectores financistas judíos. La constitución de bloques como la Unión europea. Cierta marginación de Hispanoamérica y del África, etc.

En el orden mundial, llama la atención la poca existencia de dirigentes laicos católicos prominentes. No se dan figuras del nivel de S. Luís, S. Fernando, los Reyes Católicos Isabel y Fernando, Carlos V, Felipe II. A la voz cantante de los católicos, en este punto, más bien la llevan los eclesiásticos. Por ej. el problema de Tierra Santa, tierra de Cristo y por tanto, con máxima referencia a los cristianos, se plantea básicamente entre judíos y musulmanes, más bien en el ámbito de las Naciones Unidas. Y con algunas intervenciones de la Santa Sede. En tanto los católicos laicos brillan, en

gran medida, por su ausencia. Y se ha llevado a un gran desprestigio a las cruzadas y a la conquista y constitución de la América hispánica.

En ciertos ámbitos, incluso cristianos, hay un exceso de pacifismo. Según esta mentalidad, no se puede hacer nada que tenga algún contenido de fuerza. Por esta vía van cayendo las penas y el derecho penal, la policía, el ejército. La pena eterna del infierno, la justicia en Dios. La defensa eficaz de los débiles, las discusiones, la militancia. Queda poco lugar para el heroísmo y la grandeza.

Por otra parte, ha crecido de una manera muy inquietante y dolorosa, la realidad de la guerra. La actitud guerrera de los hombres del oriente, frenó, en parte, el avance de la globalización desde occidente, particularmente desde los E. Unidos. La actitud de los hombres del oriente con su capacidad no sólo para vivir sino también para morir, con el apego a sus propias tradiciones culturales, políticas y religiosas, es algo que se hace considerar. Se nota, en el horizonte, un levantamiento de China en el orden político, económico y militar. En el mundo, junto a la guerra de los grandes ejércitos convencionales, aparecen la guerra de guerrillas y también el terrorismo. Y el peligro de las nuevas armas, especialmente de lo que sería una bomba atómica de bolsillo. El relativo achicamiento del mundo, en este tiempo de peligros, va llevando a los judíos del Estado de Israel, a una situación de ghetto, que los puede dejar, en poco tiempo, en una situación muy vulnerable. El crecimiento del conocimiento humano en el campo genético, importa enormes consecuencias, positivas y negativas, para la vida humana.

Los marxistas, liberales, musulmanes, judíos, etc., en general, cuando llegan al poder, intentan proceder según sus propios principios. En cambio, los cristianos – cuando llegan al poder, si llegan- tienen muchos escrúpulos para afirmar su identidad política, como paralizados por el peso de un pluralismo que ni entienden, ni saben manejar.

Cristo y la globalización contemporánea.

Importa realizar una crítica al proyecto globalista para medir sus posibilidades y la actitud cristiana.

La globalización es algo que corresponde a la apetencia natural y sobrenatural intrínseca al universo. Porque Dios quiso constituir un universo y esto quedó establecido en la realidad de las creaturas. Pero, hace falta un desarrollo y complemento; y esto requiere, tiempo y ejercicio de la libertad creada.

El pluralismo contemporáneo no puede ignorar completamente el factor unitivo, si quiere ser y ser inteligible. Porque la multitud supone a la unidad; y ante todo a la unidad divina.

Ni es solamente un problema de unidad, sino también de verdad, de bien y de belleza. En el cielo, esto se da perfectamente por Dios, por el misterio de Cristo y de la Virgen y por la visión beatífica. Pero existe el infierno; y en el infierno se da una unidad, en base a una tiranía diabólica, que rechaza, de modo definitivo y eterno a Dios y a su verdad, bondad y belleza. Por tanto, en el camino de la unidad y de la globalización, se impone la atención a la verdad, a la bondad, a la virtud, a la belleza.

Y están las razones de la distinción y de la otredad. La unidad requiere con frecuencia la afirmación de los que se unen y son distintos. Como aparece en el matrimonio, que no debe anular a los esposos. La globalización debe afirmar, no anular a las personas, a los pueblos y a las instituciones legítimas.

Cristo, Rey del universo, existe. La globalización, cualquiera que sea, debe compaginarse con el mismo, para no incidir en un rechazo a Dios. La cristiandad, en general, se ha desmoronado, aunque queden algunos restos de la misma. La globalización, en su actual pluralismo, no reconoce plenamente a Cristo, a la Iglesia y a los cristianos. Sino que los considera, más o menos, como a las otras entidades humanas semejantes. La Iglesia, que en general, ha venido acompañando al proceso globalista, aunque con algunas críticas y frenos, no hace, en general, un reclamo formal de los derechos de la cristiandad o de una armonía perfecta entre Iglesia y Estado. Pero no podría negarlos de una manera absoluta; porque esto importaría negar a Cristo Rey y al reino de Cristo, al menos en su universalidad, abriendo un amplio campo al demonio y al maniqueísmo. De hecho en la Iglesia, algo se habla en sentido positivo, por ej. cuando se habla de la “animación cristiana del orden temporal” (5). Es importante lo que enseña el Conc. Vaticano II en la Declaración *Dignitatis humanae*: “como quiera que la libertad religiosa que exigen los hombres para el cumplimiento de su obligación de rendir culto a Dios se refiere a la inmunidad de coacción en la sociedad civil, deja íntegra la doctrina tradicional católica acerca del deber moral de los hombres y de las sociedades para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo”(6).

En este mundo, el reino de Cristo es más que nada una conquista, que supone, entre otras cosas, la ignorancia y el pecado de los pecadores. Dios tiene en cuenta la libertad naturalmente defectible de las creaturas. No siempre es posible la cristiandad o una forma perfecta de unión de lo natural y sobrenatural, en el ámbito social y político.

Hay que tener en cuenta que así como en el orden individual, la gracia no es compatible con el pecado; así también en el orden social, el cristianismo auténtico se rechaza con las distintas formas de corrupción. No sería una unión perfecta la resultante de la comunicación entre la Iglesia Católica y un Estado corrupto marxista o de la Revolución francesa. Y, se puede pensar, en las posibilidades de una corrupción grande, en sectores de la Iglesia Católica.

Una de las tentaciones de Cristo en el desierto, tiene mucho que ver con nuestro tema “ De nuevo le llevó el diablo a un monte muy alto, y mostrándole todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, le dijo: Todo esto te daré si de hinojos me adorares. Díjole entonces Jesús: Apártate, Satanás, porque escrito está: “Al Señor tu Dios adorarás y a El solo darás culto”. Entonces el diablo le dejó, y llegaron ángeles y le servían.” Mt 4, 8-11. En la perspectiva teológica, aparecen Cristo y el Anticristo, respaldado por el demonio, como los dos principios de unidad del mundo y contendientes de fondo. Las otras personas y elementos se ordenan en un sentido o en otro, hacia los mismos.

Los llamados Derechos Humanos, además de su valor intrínseco, tienen también grandes debilidades. El P. Fr. Victorino Rodríguez O.P., en un comentario a la Declaración Universal de los Derechos del Hombre de las Naciones Unidas (10/12/1948) señala en ella algunas grandes omisiones: “a)La presentación del hombre en su constitución metafísica clásica de substancia individual de naturaleza racional, dotada de inteligencia y de voluntad libre y responsable. De ahí nace su singular dignidad de persona, hecha a imagen y semejanza de Dios...b) La proclamación de unos deberes naturales, tan universales e inviolables como los correlativos derechos, siendo más bien aquellos raíz de estos que a la inversa...c) El reconocimiento de Dios y del derecho natural, ambos conceptos rechazados expresamente, al redactar y votar el texto de la Declaración, optando por una posición agnóstica. Juan Pablo II, en el trascendental discurso al Parlamento Europeo, del 11 de octubre de 1988, en Estrasburgo, puntualizó muy claramente: “Todas las corrientes de pensamiento de nuestro viejo Continente tendrán que reflexionar sobre las sombrías perspectivas a las que podría conducir la eliminación de Dios de la vida pública, de Dios como última instancia de la ética y garantía suprema contra todos los abusos de poder del hombre sobre el hombre” ... “la obediencia a Dios es la fuente de la verdadera libertad, que no es nunca libertad arbitraria y sin fin, sino libertad para la verdad y el bien. En el plano ético, esta actitud fundamental se traduce en la aceptación de principios y de normas de

comportamiento que se imponen a la razón o manan de la autoridad de la Palabra de Dios, de las cuales el hombre, individual o colectivamente, no puede disponer a su gusto, al son de las modas o de los intereses cambiantes”. En cambio, para el humanismo agnóstico –continúa diciendo Juan Pablo II-, “la ética no tiene otro fundamento que el consenso social, y la libertad individual otro freno que aquel que la sociedad estima tener que imponer para la salvaguardia de la del otro” ”. (7) Hay que notar que la eliminación de Dios importa el recorte de la analogía del ente, de la verdad, del bien, etc.

El globalismo contemporáneo, muchas veces, avanza en un sentido que disminuye la consideración del bien común honesto; y aumenta la consideración del bien común, como algo simplemente útil y placentero a favor de los grupos dominantes de las riquezas y del poder. Una globalización que lleve a la esclavitud o desaparición de la población del hemisferio sur del planeta, a nadie conviene.

Dios es causa primera final, ejemplar y eficiente de todas las cosas, incluido el Estado y el bien común inmanente del mismo. Como el Estado es algo natural, su relación a Dios, de por sí, es algo natural. Pero dada la elevación del hombre al orden sobrenatural, de la salvación eterna por Cristo y a la universalidad de la redención, debe darse también en el mismo una referencia a lo sobrenatural. La intervención de Cristo y de su gracia es necesaria para la realización de actos sobrenaturales, en orden a la vida eterna; para salir del pecado; para cumplir todos los mandamientos de la ley natural y para amar a Dios sobre todas las cosas en el orden natural (8). Sin la ayuda de Cristo y de su gracia, el hombre ni siquiera puede obtener su felicidad natural. Un Estado que reniegue de Cristo y de su gracia queda en la frustración del pecado y deja en la infelicidad al hombre.

Dios causa en el mundo, no sólo la igualdad, sino también la desigualdad y la distinción.

La democracia tiene su valor y tiene también tiene grandes limitaciones. Especialmente requiere el auxilio y perfeccionamiento de una clase dirigente. Hace falta una nueva aristocracia cristiana.

La política pertenece al orden de la prudencia moral, tiene mucho que ver con la justicia, y se ordena a la cultura, sobre todo en lo referente a Dios. Hay que buscar y cultivar las artes, la ciencia y la sabiduría. Una tiranía mundialista, lograda o en camino, tenderá a cerrar, a los oprimidos, el acceso sobre todo a la alta cultura. La ignorancia es principio de esclavitud.

Los pueblos cristianos deben reafirmar su identidad, para seguir adelante con más bríos. Dice la I Pe, 2,9-10: "... vosotros sois "linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para pregonar el poder del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable". Vosotros, que en un tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios; no habías alcanzado misericordia, pero ahora habéis conseguido misericordia"

Es necesario percibir y amar a Dios como a bien común del hombre y del universo. Es la forma de superar un estéril individualismo.

En el otro mundo se da la primacía de la visión beatífica; en este mundo, la primacía de la caridad, (Cf. Mt 22, 37-40). La caridad tiene analogía con la amistad humana. La política humana es prudencia humana y debe coronarse en orden a la caridad y a la amistad humana. La amistad lleva no sólo a la unidad, sino también a la distinción e incluso a la distancia. Y esto para salvar la razón no sólo del uno sino también del otro, sin el cual no sería posible la misma amistad.

Se requieren la predicación del Evangelio, el arrepentimiento y el bautismo. Se impone una inteligente defensa y proposición del Papado, del Magisterio de la Iglesia, de la conversión a la Iglesia Católica (Cf. Mt 16,18; 28,19-20). Es necesario el diálogo con las otras religiones, especialmente con los judíos, musulmanes y del extremo oriente.

Conclusión

Cristo, la Virgen María y los cristianos tienen su propia universalidad, que tiende inclusive a una política universalista, que puede realizarse en este mundo, pero que recién se consuma en la ciudad celeste. La llamada globalización contemporánea, que tiende a la constitución de un Estado mundialista coincide o no coincide con el universalismo cristiano. Tal como se va realizando, esta globalización contiene muchos elementos reprobables, y en este sentido no puede ser apoyada. Porque hay que obedecer más a Dios que a los hombres. Pero, los cristianos pueden favorecer los elementos positivos de la misma, en tanto en este mundo tiene que darse alguna convivencia entre buenos y malos, y por razones de progreso y de conquista espiritual. Pero no se debe descartar una gran ruptura futura de los cristianos con este proceso de globalización. Porque al final de los tiempos acontece un gran triunfo del Anticristo. Hay que discernir en el dinamismo histórico, lo que es de Cristo y lo que es del Anticristo. La caridad y la amistad humana, que deben alimentar y coronar la prudencia política, llevan no sólo a la unidad, sino también a la distinción e incluso a la distancia.

Hay que ir viendo, qué es lo que más conviene, en orden a la salvación. Hace falta el protagonismo de los laicos cristianos.

P. Fr. Marcos Rodolfo González O.P.

NOTAS

- (1) Sagrada Biblia, Ed. Nacar-Colunga de la BAC. , Madrid 1965, Mt 28,18-20. Cf. El Magisterio de la Iglesia, Denzinger.-Hünemann, Ed. Herder, Barcelona, 1999, n.150. Ib. Encíclica “Quas Primas” de Pío XI (11/12/1925), nn. 3675-3680.
- (2) Mensaje de Navidad de 1942: AAS 35 /1943/ pp. 10 y 13
- (3) S. Agustín, Ep. ad Macedonium, cap. 3,9 (Migne, 33, col. 670). Cf. Pío XI, Enc. “Quas Primas”, en Colección Completa de Encíclicas Pontificias, Ed. Guadalupe, B. Aires 1963, I T. n.12, p. 1070.
- (4) Colección completa de Encíclicas Pontificias, op. cit., I T. Enc. Inmortale Dei n. 18; p. 329
- (5) Cf. Concilio Vaticano II, Ed. Bac, Madrid 1965, Const. Lumen Gentium,nn. 31,35,36,38, etc. Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe: Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y a la conducta de los católicos en la vida política (Roma, 24/11/02), Ed. Paulinas, 2003, espec. Nn. 4-8. Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia: Pontificio Consejo Justicia y Paz, Ed. Conferencia Episcopal Argentina, 2005, nn. 62-65, 425-427, etc.
- (6) Conc. Vat. II, op. cit. Decl. Dignitatis Humanae, 1
- (7) Victorino Rodríguez O.P.: Estudios de antropología teológica, Ed. Speiro, Madrid, cap XI, 2.,pag. 223-224. Juan Pablo II, O.R., ed. española,27-XI-1988, p.20, n. 28,10,7.
- (8) Cf. Cf. Conc. XVI de Cartago, Denz.-Hünemann, op. cit., 225-227. Cf. S. Tomás de Aquino, Summa Theologiae, Ed. Marietti, Taurini-Romae, 1950, I-II, 109.